

centuria” (p. 59). En otro ámbito, cuáles han sido los resultados de la aplicación del método *Música en colores* de Estela Cabezas, conocido también en el extranjero y actualmente utilizado en algunos establecimientos educacionales del país.

En las “Síntesis y conclusiones”, demostrando un indudable dominio de su materia, Bustos plantea, por ejemplo, puntos de convergencia y divergencia entre las compositoras, realiza apreciaciones estilísticas y estéticas en concordancia con las corrientes musicales que se presentaron en el país, puntualiza logros y aportes como también marca diferencias en relación con sus pares masculinos, entre otros puntos. Además, en un plano más general, crítica “la exigua y a veces nula divulgación” del repertorio femenino, el subordinado “lugar que ha logrado la composición femenina entre sus pares masculinos”, y las “situaciones difíciles que debieron afrontar para abrirse un pequeño espacio en el esquivo y controlado medio musical” (p. 191).

Tanto las notas a pie de página como la extensa bibliografía dan cuenta del minucioso trabajo realizado con las entrevistas y las dispersas fuentes que le permitieron articular –en ocasiones como un puzzle– el perfil de cada compositora. Los anexos, que cierran el libro, incluyen el catálogo de obras, un índice onomástico –siempre bienvenido– y agradecimientos por las ilustraciones.

En cuanto al catálogo de obras de todas las compositoras, es oportuno hacer notar que no solo corona el trabajo sino que también es una invitación. Por una parte, permite al lector complementar la historia individual de las compositoras y, por otra, es una valiosa fuente documental tanto para futuras investigaciones como también para incentivar a intérpretes y gestores culturales a llevar al concierto y, ¡ojalá!, a la grabación algunas de ellas. Inevitablemente luego de su revisión cabe preguntarse: ¿cómo es posible que de las más de 380 obras que se mencionan, considerando solamente a las compositoras del siglo XX, todavía no se cuente con un cuerpo representativo de registros sonoros? A todas luces, es una tarea pendiente y urgente.

Uno de los aspectos más interesantes del libro lo constituyen aquellos temas que implícita o explícitamente quedan abiertos al estudio y la discusión. En este sentido, la autora es generosa. A modo de ilustración, no pasa inadvertida la propuesta de indagar y reflexionar sobre temas tales como los siguientes: la afinidad de María Luisa Sepúlveda con el criollismo literario, idea que –quizás– podría proyectarse a otros creadores; los posibles vínculos de Emma Watcher con la música popular; la intertextualidad presente en varias obras de Leni Alexander, o el sustrato ideológico que motivó la composición de sus *Hörspiel* o “teatro para escuchar” y el impacto y recepción de aquellos divulgados en Chile; el papel de la mujer en el movimiento coral que, entre las creadoras, tuvo a exponentes como Marta Canales y Silvia Soublette; además de las variadas posibilidades que Bustos muestra en relación con el aporte a la docencia, rasgo común prácticamente a todas las compositoras.

Desde el punto de vista escritural, se agradece el discurso siempre claro y sintético y un enfoque que, sin adherir a teorías feministas, analiza y evalúa la producción musical femenina con el mismo rigor y pie de igualdad con el que la autora ha trabajado a los creadores masculinos.

Pese a que en los últimos años se han incrementado los estudios sobre mujeres en los ámbitos de la música popular, de la tradición oral y de la música académica, estos todavía son insuficientes para compensar su magra representatividad en la historia musical nacional. En este sentido, y junto con informar y llenar un enorme vacío, el libro propone seguir escudriñando y descubriendo el universo de nuestras figuras femeninas vinculadas al quehacer musical del país.

Carmen Peña Fuenzalida

Instituto de Música

Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile

*cpenaf@uc.cl*

Rafael Díaz y Juan Pablo González. *Cantus Firmus: mito y narrativa de la música chilena de arte del siglo XX*. Santiago: Amapola Editores, 2011, 173 pp. Incluye CD.

Los autores de este libro –financiado por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Chile (VID-UCH) y por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso– realizan una selección de cuarenta compositores chilenos del siglo XX, los cuales dan a conocer al lector por medio de breves reseñas biográficas y la audición dirigida de una obra musical de cada uno. Los compositores de “música chilena

de arte” incluidos en la antología son presentados por orden alfabético: Luis Advis, Andrés Alcalde, Leni Alexander, Pedro Humberto Allende, Juan Amenábar, Boris Alvarado, Pablo Aranda, Gustavo Becerra, Próspero Bisquertt, Carlos Botto, Gabriel Brncic, Eduardo Cáceres, Fernando Carrasco, Rolando Cori, Acario Cotapos, Rafael Díaz, Roberto Falabella, Fernando García, Alejandro Guarello, Carlos Isamitt, Tomás Lefever, Alfonso Leng, Alfonso Letelier, Miguel Letelier, Jorge Martínez, Gabriel Matthey, Eduardo Maturana, Juan Orrego Salas, Sergio Ortega, Hernán Ramírez, Guillermo Rifo, Domingo Santa Cruz, León Schidlowsky, Aliosha Solovera, Enrique Soro, Jorge Urrutia B., Darwin Vargas, Santiago Vera, Cirilo Vila y Carlos Zamora.

Las reseñas biográficas de los cuarenta compositores –centradas en su formación académica y trayectoria profesional– son ampliadas por descripciones analíticas de las obras seleccionadas, las que permiten distinguir diversos aspectos de su quehacer musical: desarrollo de tendencias estilísticas, posicionamientos filosóficos y políticos, formas de relación con la cultura y el mundo social, vinculación con otras disciplinas artísticas, etc. De esta manera, bajo el título de “Narrativa de la música chilena del siglo XX” se presenta el cuerpo central de la publicación, constituido por cuarenta entradas (una para cada compositor presente en la antología) de dos a cinco páginas cada una, las que incluyen referencias bibliográficas y discografía individualizada. El análisis de las obras escogidas consigue todo su espesor al complementarse con la audición en formato mp3 que posibilita el disco adjunto. Cabe destacar que del análisis y audición de cada obra escogida se desprende información biográfica que permite conocer en mayor profundidad los intereses y la sensibilidad de cada uno de los compositores. Esto habilita al lector una vía de acceso muy efectiva, la que combina acercamientos crítico-analíticos y perceptivos auditivos frente a la creación musical.

Lo que antecede al cuerpo central de la publicación es una presentación de Eduardo Cáceres, un prólogo de Boris Alvarado y una discusión musicológica realizada por Rafael Díaz y Juan Pablo González en la que se explicitan los fundamentos teóricos que subyacen a la elaboración de la antología en cuestión. En su discusión, los autores abordan –a modo de prefacio– la problemática de la construcción de cánones, asumiendo que toda antología es un espectro del canon, ya que “impone exclusiones que constituyen valoraciones de la obra del compositor” (Díaz y González 2011: 18).

En un nivel de mayor generalidad, el debate en torno a la canonización artística logra identificar los sesgos de Occidente presentes en los cánones literarios, visuales y musicales, reflejado en la hegemonía de hombres blancos centroeuropeos y la consiguiente exclusión de “minorías”. Por otra parte, en la especificidad socioculturalmente situada de la academia musical chilena, esta reflexión permite que los autores identifiquen la presencia excepcional de Leni Alexander como la única compositora presente en esta masculina antología. En este ámbito específico, otro valioso aporte de los autores es la detección del fenómeno de la autocanonización de compositores que han ocupado puestos de autoridad institucional. El canon de la “música chilena de arte” se ha construido desde las “direcciones o consejos de universidades, academias de artes, sociedades autorales o ministerios de cultura” (Díaz y González 2011: 19). Esta última afirmación es matizada con la consideración de que, desde la microcultura musical chilena –conformada principalmente por instituciones académicas como los conservatorios de música de la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica–, los intérpretes y directores de orquesta también han contribuido a que ciertos compositores y obras trasciendan en el tiempo, mediante su puesta en acto en conciertos o por medio de su registro sonoro.

El libro concluye con un epílogo de Rolando Cori y un apéndice en el que se indica información del registro de audio contenido en el CD: nombre del compositor, obra, intérprete(s) y director.

*Sebastián Zúñiga Gougain*  
*Departamento de Desarrollo de Talentos Artísticos*  
*Universidad de Santiago de Chile*  
*sebastian.zuniga.g@usach.cl*

José Miguel Varas y Juan Pablo González. *En busca de la música chilena. Crónica y antología de una historia sonora* [Cuadernos Bicentenario]. Santiago: Publicaciones del Bicentenario, 2005, 518 pp.

Como bien delata en el subtítulo, esta publicación recoge una crónica/memoria de momentos, objetos, personajes y anécdotas de diferentes manifestaciones y contextos del quehacer musical en general en